

El paraíso de Caín

Raúl Rivero

Inventó una ciudad. Una Habana habitada nada más que por bohemios y artistas, bongoseros y bailarinas, figurantes y boleristas con vicios de dicción y porteros bilingües y camareros que leían, entre martinis y daiquirís, la revista Bohemia, y comentaban una película de Tony Curtis.

La necesitaba así, sensual, llena de músicas y fragancias encontradas, de la fritura al Old Spice y del Listerine al arroz frito. Una comarca nocturna, donde los árboles fueron y serán siempre sombras oscuras que pasan por las ventanillas de los autos y donde la luz demorada del amanecer llega para romper el hechizo como en el cuento de Cenicienta.

Guillermo hizo la ciudad. Una ciudad particular, un retazo urbano que estaba destinado a sobrevivir, a representar la ciudad real, sometida al rigor del tiempo y a la presencia perturbadora del ciudadano que reacciona contra ella porque en ella se va a morir, ella lo mata.

La ciudad creada por los juegos de las palabras de Cabrera Infante es eterna. En esa eternidad están el escritor, sus amigos, sus pasiones y la inmortalidad. Cada vez que empieza a atardecer —hoy mismo— ese universo se reconstruye solo, y si en el tiempo real se ha derrumbado un cine, se ha caído un solar o han nacionalizado un puesto de ostiones, esta noche regresa todo, tal y como era, con un muchacho solitario leyendo en la biblioteca del Lyceum y otro (¿o el mismo?) de paseo por la calle Inquisidor, cerca de la Alameda de Paula y su belleza decaída.

Instalada la noche, esa otra patria que heredó Guillermo y que él hizo libre y soberana y divertida y amable y tolerante como dicen que deben ser todas las patrias, se puede uno subir a un tranvía llamado coincidencia que va directo hasta La Habana Vieja.

Se puede ir a ver como un carro mata a la actriz María Valero en pleno Malecón, mientras un cometa pasa por el cielo. Se puede entrar al cine Fausto, en el Paseo del Prado, para empezar a conocer lo que sería después el cine negro y luego, en el América, conocer a Ingrid Bergman, un amor perverso.

Es que La Habana de Guillermo, ya debíamos saberlo, es intemporal y los tranvías y los convertibles marchan juntos por Línea y por Galiano y se permite, por ejemplo, viajar en un carro que todavía no se ha comprado.

Hay que esperar el oscurecer para volver a Monte 822 y a Zulueta 408, por donde pasa siempre Guillermo, últimamente a leer en los muñequitos de *El País* las

aventuras de Dick Tracy y a escuchar Sun Valley Serenade, porque es en la calle Zulueta donde se descubre de verdad la música americana.

Me complace saber que esa ciudad está ahí y que en ella está prohibida la ropa negra. Me da fuerzas para saber que allá vive su fundador con Miriam Gómez y que, a lo mejor, en este instante, acaban de llegar a la barra de El Carmelo a tomar algo.

Sólo hay que abrir un libro o esperar la noche.

GCI EN LA CASA CUBANA

” Una noche, al volver de cenar, Guillermo y Miriam me hicieron notar que su hogar de Gloucester Road no era inglés, sino cubano. «¿Lo ves? No hay *hall*, vestíbulo, recibidor, ni nada de esas salas de espera a la inglesa. Aquí entras y ya estás en casa: como en Cuba». Es verdad, doy fe. La casa de los Cabrera acogía sin hacer esperar: hospitalidad inmediata, el corazón abierto desde el primer paso. Sin antesala se llegaba a los libros, las películas, la cordialidad y el humor. Torrencialmente: a tumba abierta. ¿Como en Cuba? No lo sé. Mi única Cuba, ay, la Cuba que tanto he amado y disfrutado era la casa de los Cabrera en Gloucester Road.

Fernando Savater